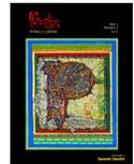




UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
BACHILLERATO DE BELLAS ARTES

Portes
Artes y Letras



Año 1 / N° 2 / 2012

El discurso eugenésico y la ficción naturalista como instrumentos de mediación en la Argentina liberal de fines de siglo XIX

Rubén Dellarciprete

Literatura Argentina I

Centro de Literatura y Literatura Comparada

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Universidad Nacional de La Plata

rdell@netverk.com.ar

Resumen

A fines de siglo XIX, la metodología interpretativa de la medicina hegemonizó las tecnologías de detección de lo diferente y subversivo, entendido como patología. El escritor de novelas naturalistas representa un observador que decodifica y controla el lenguaje de los cuerpos; registra y comunica además, los riesgos que implica su equívoca inserción para la modernidad socio-económica. Según Paul Burguet, teórico decadente, el hombre moderno vive en un estado de desequilibrio continuo que le produce una alteración nerviosa. En algunos casos, lo vuelve irrecuperable. Los personajes de los textos que estudiaremos preocupan, pero no tan sólo como un cuadro clínico, sino como modelo de disfuncionalidad social. La ficción funcionaría, de este modo, como mediadora y nexo articulador, desde una perspectiva médica, con la producción simbólica y cultural que responde al proyecto científico positivista y a los estamentos sociales de control.

Palabras clave: naturalismo, descentramiento, modernidad, liberalismo, tradición.

Abstract

By the end of the XIX century, the medicine interpretative methodology influenced technologies to detect different and subversive characteristics understood as a pathology. The naturalist novel writer presents an observer that decodifies and controls the body language; he also registers and communicates the risks that his wrong insertion implies to socio-economic modernity. According to Paul Burguet, a falling theoretician, the modern man lives in a continuous unbalanced estate that produces him a nervous alteration. In some cases, this turns him unrecoverable. The characters in the texts that we are going to study are of our concern not only as a clinical report but also as a disfunctional social model. Fiction would function in this way, as a mediator and articulating nexus from a medical perspective with the symbolic and cultural production that responds to the scientific positivist project and the social controlling institutions.

Key words: naturalism, descentering, modernity, liberalism, tradition.

Sarmiento en su *Facundo* construye una oposición entre Córdoba, representante de la cultura conservadora, y Buenos Aires, ciudad rectora del proceso que ejecutaría las ideas progresistas que modernizarían el país. No muchos años después comprendió su error. Escribió *Argirópolis* y, por su intermedio, propuso desterritorializar la concentración de poder que administraba Buenos Aires. El tiempo terminaría por darle la razón. La tradición patricia allí instalada no se desprendería de sus hábitos y costumbres. A pesar de la pátina de modernidad, el establishment gobernante resultaría incorregible para el sanjuanino. Dice Adrián Gorelik en *La grilla y el parque*:

Sarmiento irá forjando progresivamente una fuerte desilusión sobre la ciudad y la sociedad existentes, sobre la terquedad de las clases dominantes en oponerse a los cambios que habían parecido tan asequibles en el proceso de desarrollo posterior a Caseros. (Gorelik, 1998: 77)

Un ejemplo de lo que venimos sosteniendo lo representa la literatura evocativa que se gesta a lo largo de los años ochenta. La desaparición de la iconografía tradicional del viejo Buenos Aires, la transformación física del complejo edilicio urbano, el conglomerado heterogéneo y confuso en que se transformaba “la gran aldea” hizo que el control político y social se tornara difícil de mantener. Textos como *Buenos Aires setenta años atrás* de José Antonio Wilde, *Las beldades de mi tiempo* de Santiago Calzadilla, *Memorias de un viejo* de Vicente G. Quesada y *La gran aldea* de Lucio V. López realizaron una operación arqueológica que a través de la memoria intentó recuperar las raíces de la argentinidad que habían comenzado a confundirse con el proceso modernizador, poniendo en riesgo la continuidad del viejo patriciado en el poder. Contrariamente a los deseos de Sarmiento, la literatura evocativa, si bien no se desentendió de la importancia y singularidad que el sanjuanino le otorgaba a la cultura e instituciones progresistas porteñas, realizó un trabajo de rescate de la amenazada identidad tradicional considerando como virtudes, ideas y costumbres que justamente el autor de *Facundo* creía debían ser reemplazadas si se quería ingresar de lleno en el mundo moderno.

Esta recuperación ideológica, paradójicamente, aparece también representada en autores desligados de la tradición e incluso cuestionados por la élite, como son los casos de los médicos Manuel T. Podestá y Francisco Sicardi. Su condición de inmigrantes de primera generación los convertía en sospechosos. Antonio Argerich, uno de los más renuentes en aceptarlos, temía que a pesar de su formación profesional y su condición de hombres cultos, siguiendo los dictados de la herencia, sufrieran una regresión al homo erectus. A pesar de estos conatos discriminatorios, tanto Podestá como Sicardi se hicieron un lugar profesional dentro de la medicina y también de la literatura. Sus novelas formalmente naturalistas, aunque descentradas del punto de vista que proponía el modelo francés, funcionaron como agentes mediadores del imaginario dominante.

Podestá, en *Irresponsable* (1889), tematiza, a través de sus dos personajes centrales, la problemática del sujeto que no responde a las condiciones impuestas por la modernidad capitalista. El itinerario espacial que traza la novela recorre distintos ámbitos de Buenos Aires pero se unifica significativamente en el mundo de la medicina, disciplina que practicaba su autor.

El estudio anatómico del cadáver de una bella mujer de clase baja motiva al narrador, estudiante de medicina, a reflexionar sobre las relaciones entre la belleza y la virtud; concluye, como Shakespeare en

Hamlet, que siempre se impone la belleza y con ella la perversión moral. El protagonista masculino, pareja de la joven, conocido solamente por su sobrenombre, “el hombre de los imanes”, termina de proporcionarle al joven estudiante la información necesaria sobre el estado psíquico emocional de la mujer y de este modo el narrador consigue cerrar el diagnóstico: la compulsión por las pasiones bajas dominaban su voluntad.

Cuando desesperado “el hombre de los imanes” había consultado, en una oportunidad anterior, a un especialista, la respuesta no había dejado lugar a dudas: era natural que fuera perversa, degradada, porque su organismo estaba determinado de esa manera. El profesional había definido epistemológicamente el cuadro clínico que presentaba la mujer como histeria, fijando así la etiología de su comportamiento y había disuadido a su consultor de la imposibilidad de volver a capturar ese cuerpo, que por otra parte se perdería también para el sistema y sus redes de dominio.

A fines de siglo XIX, la metodología interpretativa de la medicina hegemonizó las tecnologías de detección de lo diferente y subversivo, entendido como patología. El narrador de la novela representa a un observador invisible que decodifica y controla el lenguaje de los cuerpos; registra y comunica además, los riesgos que implica su equívoca inserción para la modernidad socio-económica. La prostitución primero y finalmente el suicidio cerrarían el ciclo de vida del personaje femenino, una irresponsable moral que no pudo romper el cerco determinista y, por lo tanto, no tendría posibilidades de responder a las exigencias de la coyuntura socio-histórica. La jurisprudencia de la época, por otra parte, no se diferenciaba demasiado de las lecturas médicas. El código civil argentino, escrito por Díaz Vélez, otorgaba a las mujeres los mismos derechos que a los menores de edad, los locos y los idiotas.

Pocos años después que Podestá escribiera su novela, la revista socialista “*La montaña*”, dirigida por José Ingenieros y Leopoldo Lugones, entabló una fuerte polémica con el intendente de la ciudad de Buenos Aires, Francisco Alcobendas. El motivo de la disputa resultó el negocio de la prostitución en las calles de la ciudad. El enfoque no varió demasiado del “estudio literario” realizado por Manuel Podestá. La cuestión moral carga con todo el peso de la discusión pública. Para curiosidad del lector, la problemática social que condicionaba la vida de estas “chinitas”, como las definió Podestá, no fue tomada en cuenta por los jóvenes socialistas cuando analizaron el cuadro de situación ciudadano. La intelectualidad, en sus distintos pliegues, no escapó a los alcances de la concepción tradicional sobre el

conservador repertorio de valores que definía la conducta de los “irresponsables”. La ecuación rédito económico- comportamiento ético movilizaba a unos y otros cuando se interponía la discusión sobre el proyecto modernizador de la burguesía.

Un segundo ejemplo de sujeto que atenta contra el orden y las buenas costumbres, es el caso de “el hombre de los imanes”. Este personaje presenta, al igual que su compañera, un comportamiento fronterizo, que los higienistas de la época consideraban inestabilidad nerviosa, concepto que se origina literariamente en Poe pero que recorre gran parte del siglo XIX. Según Paul Burguet, teórico decadente, el hombre moderno vive en un estado de desequilibrio continuo que le produce una alteración nerviosa. En algunos casos, lo vuelve irrecuperable. El protagonista de la novela preocupa a su narrador, pero no tan sólo como un cuadro clínico, sino como modelo descriptivo de disfuncionalidad social. Esto explicaría el modo en que se articularía la ficción, desde una perspectiva médica, con la producción simbólica y cultural que responde al proyecto científico positivista y a los estamentos de control.

Reduciremos a dos las lecturas motivacionales que el narrador utiliza para explicar la conducta extravagante de “el hombre de los imanes”. La primera de ellas está relacionada con lo literario. Las novelas de Zola han ejercido una influencia negativa en la formación ideológica del protagonista. Su cabeza estaba llena de escenas de L’ Assommoir, donde “una sociedad de obreros viciosos desfilaba ante sus ojos”; el grado de sus vicios estaba proporcionalmente relacionado con la escasez de sus recursos; los carbones de la mina destruían sus pulmones y todo a cambio de un salario que no cubría sus primeras necesidades. El imaginario zoliano corrompió la mentalidad de muchos incautos que confundieron Europa con Buenos Aires. Los textos del autor francés son representativos de la miseria de allá, no de la prosperidad argentina. Aquí la riqueza está al alcance de quien se lo proponga, sostiene el narrador. No es el único autor que por la época pretende desautorizar a Zola calificándolo de agente corruptor de conciencias. Carlos Olivera interviene en la polémica contra el naturalista francés desde el periódico *El diario*. Considera que la exageración y el excesivo detalle son procedimientos artísticos concluidos. La representación pormenorizada en los momentos más desagradables y repugnantes de los personajes atentan contra el objetivo del arte que sería mejorar ética y estéticamente al hombre. Zola

pervertiría el sentido moral, en tanto su proceder artístico pedagógico despertaría las tendencias más brutales o la irresponsabilidad social de sus lectores.¹

Las cabezas delirantes de estos seres envilecidos y degradados, capaces de cualquier monstruosidad tienen como “amparo el manicomio o la cárcel para que la sociedad pueda vivir tranquila, sin codearse con el peligro y sin escuchar el dolor”, palabras de Podestá (Podestá, 1954: 219)

En el siglo XIX, la práctica de la penitencia religiosa fue complementada con actividades como la medicina, la psiquiatría, la psicología y la pedagogía. Con el desarrollo de cada una de estas disciplinas se anexó la conducta irregular a la enfermedad mental y se caracterizó cada uno de los posibles desvíos. En el centro de esta operación social de control, se levantó la figura del médico reemplazando al sacerdote, quien hasta allí había sido el único administrador de la moral. En la novela de Podestá, el hospicio de hombres es un espacio que sintetiza simbólicamente el proceso que hasta el momento venimos describiendo. Es en primera instancia un viejo convento de los padres Belermitas que se reconvierte en sede del sistema médico alienista moderno, donde se estudian y mantienen cautivos a quienes representan una amenaza social y además es un monumento tradicional que conserva viva la memoria sobre la reconquista de Buenos Aires de manos de los ingleses. El edificio se transforma así en un emblema de la fusión que en los últimos años del siglo se produce entre la tradición patristica y la modernidad.

La segunda lectura explicativa sobre el comportamiento del protagonista de la novela tiene relación directa con su cerebro atrofiado por la inacción. El personaje no tiene el mérito ni el heroísmo del que lucha contra la miseria, del que elige el amor al trabajo. Había franqueado la edad que la sociedad burguesa suponía seria, e impunemente salía a la calle a mostrar su degradación sin sentirse culpable. “Era un inservible. Todo el mundo trabajaba, por todas partes se veía el progreso, el bienestar” (Ibíd: 207), sugiere el narrador.

La ciudad se había transformado prodigiosamente y él permanecía en su actitud sediciosa, revulsiva. El sistema económico moderno no había podido inocularle el virus de la responsabilidad. El narrador a través de sus estrategias médicas tampoco lo logra. La tecnología política de dominio sobre la

¹ Este artículo de Olivera apareció por primera vez en “El diario”, luego fue incorporado a la edición de su libro *En la brecha*. Buenos Aires: F. Laujaune Editor. 1887

utilización económica de los sujetos no llega a contaminar “al hombre de los imanes” que permanece inmune a la infección capitalista. Así como las novelas de Zola corromperían ideológicamente a sus lectores, las novelas de Podestá y Sicardi resultan modelos respaldados por el crédito de la científicidad, que ilustra de manera ejemplificadora cuál es el destino de quienes no respetan las reglas del sistema. El irresponsable pierde su condición humana, eclipsado por el vicio y el alcohol que incrementan su neurosis hasta la locura, cuadro clínico que se cierra con un lenguaje propio de la cultura católica: “las puertas del infierno de Dante se abrieron de par en par ante sus ojos” (Ibíd: 329).

El modelo hermenéutico de captación y segregación de lo diferente no se reducía a las prácticas decodificadoras de la histeria femenina o de la neurosis masculina, sino también registraba e intentaba regular la inserción de las nuevas comunidades en el cosmopolitismo que atravesaba de norte a sur el territorio de Buenos Aires. En el fin de siglo, se modificaron por completo las representaciones de lo que había sido la ciudad. Las redes de sentido que comunicaban a sus habitantes se habían reconfigurado, pero de ningún modo se había instalado una fragmentación o atomización espacial que desconectara a los distintos grupos sociales. A pesar de que los integrantes de la élite tradicional y los nuevos ricos se habían ido desplazando progresivamente hacia el norte del mapa urbano, dejando el centro y especialmente el sur a las comunidades de inmigrantes, la esterilización no fue total. La necesidad de mano de obra a bajo costo, la ocupación de terrenos vacíos por indeseados (todavía la expansión metropolitana, si bien se perfilaba clasista, era irregular), mantenía abiertos los vasos comunicantes que resultaban transmisores de contagios estéticos, lingüísticos y, los más inmediatos y preocupantes, virales. Guillermo Rawson en un escrito neocientífico, de tono melodramático, donde combina estadística e ideología, describe, posicionado desde el norte de la ciudad, el hacinamiento en que vivían los habitantes del sur y advierte sobre las peligrosas consecuencias que pronto se harían sentir hasta en los sitios económicamente más protegidos, si no se aplicaban con rapidez, políticas de higiene y reconversión ambiental.

Rawson trama un texto que por su naturaleza técnica, resulta más próximo a un relato literario que a una exposición nomológica. Explica los acontecimientos de modo tal que el convencimiento del receptor se produce por persuasión y no por contundencia lógico-estadística. Argumenta Rawson:

Entre los problemas sociológicos y económicos que se relacionan estrechamente con la Higiene Pública, pocos hay que puedan compararse con el que se refiere a las

habitaciones de los trabajadores y de los pobres... Acomodados holgadamente en nuestros domicilios, cuando vemos desfilar ante nosotros a los representantes de la escasez y de la miseria, nos parece que cumplimos un deber moral y religioso ayudando a esos infelices con una limosna...Pero sigámoslos, aunque sea con el pensamiento, entremos en ese recinto oscuro, estrecho, húmedo e infecto, en cuyo ambiente se cultivan los gérmenes de las más terribles enfermedades. De ahí salen esas emanaciones, se incorporan a la atmósfera y son conducidas por ella tal vez hasta los lujosos palacios de los ricos.

Un día, uno de los seres queridos del hogar, un hijo, que es un ángel se despierta ardiendo con fiebre de un tifus o de una difteria...El tierno enfermo lucha entonces con la muerte en aquella mansión antes dichosa, y convertida ahora en un centro de aflicción. (Rawson, 1927: 65,66)

Para Rawson se torna urgente transformar a ciertos sectores de la ciudad que resultan factores de degradación física y moral pero “No pretendemos sugerir remedios para la supresión del pauperismo. Es un hecho a que está condenada la sociedad por causas que la ciencia económica consigna.” (Ibíd: 68)

Esta visión del inquilinato o de los conventillos como centros de perversión se puede asociar a la tesis que desarrolla Cambaceres en su novela *En la sangre*. Igual que los habitantes de los barrios descriptos por Rawson, Genaro, el protagonista de *En la sangre* exterioriza y potencia su herencia estimulado por las circunstancias sociales que le toca vivir. Una familia disfuncional y un medioambiente que favorece “las conductas desviadas” hacen que su búsqueda personal encuentre su destino cuando por medios marginales accede a los ámbitos sociales que, en principio, le debieran estar vedados por su origen. Esto es justamente lo que Rawson quiere evitar, la contaminación de enfermedades, si utilizamos un eufemismo, o la infiltración en las clases altas de una raza proclive a la degeneración. En consecuencia, para solucionar el problema ambiental, propondrá un proyecto financiero que permita construir nuevos edificios con el doble objetivo de atar a sus habitantes a una deuda económica por un lado y a una deuda moral por el otro, el cumplimiento de una doxa que dictamine cómo debe vivir un ciudadano decente. El modelo de urbanización lo extrajo de las reformas londinenses. Por entonces, la capital de Inglaterra intentaba resolver los problemas de infraestructura que le había generado el desarrollo industrial. El empréstito que se les otorgaba a los futuros habitantes y el estatuto decente de vida que deberían cumplir para acceder a las nuevas edificaciones resultarían dos instrumentos de mediación que no darían lugar a irresponsabilidades y, a su vez, una coerción directa que los obligaría a insertarse en el sistema laboral. Sarmiento con una mentalidad menos

restrictiva, discutió largamente con su par sanjuanino, Rawson. Sus artículos publicados en *El diario* durante 1887, sostienen que el instrumento fundamental de dominio sobre la inmigración es la unificación del lenguaje y por su intermedio la pedagogía, método más sofisticado y de largo alcance que la imposición superficial de conductas que en breve lapso sólo lograría aumentar la demografía carcelaria.

Para cerrar con las diferentes operaciones de los agentes mediadores, resulta relevante en esta oportunidad citar el texto *Un libro extraño* de Francisco Scardi. Sicardi se podría considerar un doble agente porque desde su lugar de médico y escritor, contrariamente a Rawson, no coloca en el eje del mal al inmigrante de la baja Europa. El cochero de Carlos Méndez, protagonista de la novela, era un inmigrante llamado Genaro, igual que el personaje de la obra de Cambaceres, aunque existe una diferencia en su conducta; no está determinado ni por el ambiente ni por la mala sangre. El Genaro de Sicardi es un personaje que posee nobleza de carácter, su familia se sostiene en el amor filial y, el conventillo donde vive, en oposición a Rawson y a la representación literaria de Cambaceres, es un lugar digno. La debacle se cierne sobre ellos cuando una fuerza externa de connotaciones sobrenaturales representada por el personaje Enrique Valverde, desestabiliza moralmente los lazos familiares. Sicardi proporciona, entonces, una lectura diferente del inmigrante italiano. Lo redime de la teoría de la herencia étnica que aplicaban por entonces los dueños del discurso eugenésico.

La saga familiar que recorre los distintos tomos de la novela mantiene un patrón, la compulsión al suicidio de los Méndez y la presencia tutelar y redentora de la tradición representada, en un comienzo, por el abuelo del Río, viejo patriarca, guerrero de la independencia, “síntesis de diez generaciones de nobleza”, según Sicardi.

El matrimonio entre Carlos Méndez y Dolores del Río sintetiza el signo de los tiempos. El médico atormentado, decadente, Méndez, conjura su mal por medio de la limpieza espiritual que aporta Dolores a la relación. En el libro IV, cuando la compulsión al suicidio acosa al hijo del matrimonio, Ricardo Méndez, la sangre tradicional encarnada en la figura de su madre, la cristiana religiosidad de Ricardo, la lectura de los clásicos y su veneración por el trabajo, le permiten desarticular el determinismo naturalista. En Ricardo convergen todos los principios que ennoblecen la figura del ciudadano según los dictados de la época.

Una lectura provisoria y de corto alcance podría suponer que Francisco Sicardi, por medio de la problemática que experimentan sus personajes, intenta legitimarse frente a la clase dominante que lo segrega. Juicio no del todo erróneo, aunque sería más acertado pensar que la novela representa el surgimiento de una alianza que fortaleció su espacio después de la crisis socio-económica de los años noventa del siglo XIX. Durante este período, se formó un frente de intelectuales interesados en unificar la identidad de la nación a través de la lengua y la raza. La consigna que había instalado Vicente Fidel López, depositario de la memoria de la élite, de volver al pasado en búsqueda de la tradición, convoca a revisar la idea que se tenía sobre lo hispano.² Su hijo, Lucio V. López, dio su consentimiento con el fin de atenuar los pasajes del Himno Nacional que resultaban demasiados lesivos para la imagen de España. Calixto Oyuela, Vicente Quesada y su hijo, Ernesto Quesada, dieron el combate por recuperar el espíritu de la raza y la unidad de la lengua. Definitivamente el pensamiento de Sarmiento se encontró frente a frente con su fracaso. La tradición se instaló por la vía menos aconsejable. Junto con la cultura criollo española, la religión católica se recuperó de los reveses formales que había sufrido pocos años antes, durante los ochenta, con las leyes laicas y se reforzó además con la moral del mismo cuño que trajo gran parte de la inmigración. El liberalismo no pudo cambiar el trasfondo ideológico de la clase dominante, aunque sí estableció un acuerdo estratégico: sistema liberal en lo económico y conservador en lo ideológico. En los últimos años del siglo XIX se gesta el renacimiento de la tradición que con fuerza aparece en el nacionalismo del centenario y se proyectará al núcleo duro de los años veinte y treinta del siglo XX.

Bibliografía

Bertoni, Liliana Ana. *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 2007.

Calzadilla, Santiago. *Las beldades de mi tiempo*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina. 1982.

² Aliata, Fernando. "Ciudad o aldea," en *Entrepasados, Revista de historia*. Año II. N° 3. Fines de 1992.

- Foucault, Michel. “La voluntad de saber”, en *Historia de la sexualidad*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores. 1990.
- Gorelik, Adrián. La grilla y el parque. Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes. 1998.
- Ingenieros, José y Lugones, Leopoldo. *La montaña*. Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes. 1996.
- López, Lucio V. *La gran aldea*. Buenos Aires: El ateneo. 1928.
- Nouzeilles, Gabriela. “Políticas médicas de la historia: mujeres, salud y representación en el Buenos Aires de fin de siglo,” en *Revista del Instituto Interdisciplinario de estudios de género*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras. N°5. Octubre 1999.
- Olivera, Carlos. *En la brecha*. Buenos Aires: F. Laujaune Editor. 1887.
- Pafundo, Vanesa y Bortz Jaime Elías. “De libros extraños a médicos extraños. El caso Sicardi,” en *Revista de historia y Humanidades Médicas*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Buenos Aires. Vol. 3. N° 1. Julio 2007.
- Podestá, Manuel. *Irresponsable*. Buenos Aires: Biblioteca de la Nación. 1954.
- Quesada, Vicente. G. *Memorias de un viejo*. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras. 1990.
- Sicardi, Francisco. *Un libro extraño*. Buenos Aires: Imprenta Europea. 1894.
- Rawson, Guillermo. “Estudios sobre las casas de inquilinato de Buenos Aires.” En *Escritos Científicos*. Buenos Aires: El Ateneo. 1928.
- Wilde, José Antonio. *Buenos Aires de setenta años atrás*. Buenos Aires: Editorial Tor.1959.